

A conciencia criolla

ADOLFO CASTAÑÓN

En *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*, Antonio Lorente desgrana en cuatro capítulos una introducción y una conclusión la obra del polígrafo novohispano. Lorente fija los textos, establece su génesis y cronología, contribuye a su fechación cuando ésta es incierta, dibuja y reconstruye el paisaje que circunda las obras del novohispano mexicano, reconstruye la historia de su recepción crítica y entrelinea en el ejercicio textual datos y rasgos para una biografía encaminando esas restituciones filológicas e históricas hacia una restitución de su sentido. Esa arqueología textual, ese inteligente oficio de piedad escribe una historia: la de la formación de la conciencia criolla mexicana, es decir, la instauración en la historia de una identidad comunitaria que al par que inicia su devenir traza los derroteros de su autoconocimiento. Una instauración que es también instrumentación —social, política, religiosa e histórica— no sabría desarrollarse sin tensiones y contradicciones, y uno de los méritos de la obra de Lorente —pues nuestro tomo es algo más que un libro— estriba en el desprendimiento que le permite observar y documentar la paradójica escala del patriotismo criollo que, de un lado, afirma lealtad a la Corona, a la Iglesia, sus dogmas y jerarquía, a la imparcialidad histórica y científica y, del otro, se ve impulsado a ensalzar a los antiguos reyes mexicanos, a encarecer la superioridad de la devoción y vida religiosa criolla, a realzar, en fin, la nobleza y dignidad de su *patria* —país, paisaje, pacto, ciudad, comunidad, familia— desde una perspectiva abiertamente providencialista y mesiánica que haría de la capital de la Nueva España un avatar de Roma, y de sus ciudadanos los hijos elegidos de una promisoría, prometida Ciudad-Estado. Don Carlos de Sigüenza y Góngora procede a esa edificación entonces subversiva con paso firme pero andar oblicuo, sin perder el norte de ese incipiente *ethos* (pero cuidando no vender crudamente su trama) a través de obras conmemorativas, ancillares o de ocasión, de textos históricos, hagiográficos o científicos donde, bajo la intención explícita, corre palpitante el subtexto de una conciencia criolla mexicana, de una educación nacional que con él aflora y germina. Cabe anotar en la

cuenta blanca, positiva de Lorente que su erudición europea y novohispana le permite calzar a Sigüenza y Góngora con solvencia y oportunidad y así, al par que restituye las claves e intenciones manifiestos, por ejemplo en *Theatro de virtudes políticas* o en *Alboroto y motín de los indios de México* (que es su simétrica inversión y la ironía sabría titular *Teatro de vicios políticos*) sabe tocar las claves armónicas del polémico discurso ahí entañado —ponerle a un virrey español como espejo de virtudes la visión moral de los reyes indios vencidos—. Tacto y tiento de Lorente que le permiten retratar la ambigüedad de esta figura —tanto más atractiva cuanto más ambigua—: a la vez letrado palaciego y encubierto propagandista, intelectual orgánico de un órgano embrionario e incipiente: la conciencia criolla mexicana, institución simbólica de otra institución, el cuerpo de familias y funcionarios nobles, criollos de origen español, encargados de ministrar la ley humana y divina en la flamante colonia. (¿Qué pervivirá de esa ambigüedad genética del abuelo de los albores en la clase intelectual y política, los choznos que lo heredan, se pregunta el ingenuo lector?) Don Carlos de Sigüenza y Góngora se va recortando así a la vez como un bajo más de la coral establecida y como el sutil solista portavoz de un coro, la figura heráldica para citar a Antonio Lorente Medina de

una red de criollos que constituía un grupo de presión que tamizaba y dirigía la cultura del virreinato: criollos son los censores; criollos los cate-dráticos (a menudo también censores) y criollos son los dueños de las imprentas en que estas obras aparecen... este grupo de presión cada vez más poderosos posibilitó el germen de lo que andando el tiempo sería la facción de criollos que consumarían la Independencia. (p. 118.)

El lector de Lorente identifica otro tema: al origen divino del poder de los reyes —motivo antimaquiavélico implícito en el acatamiento de la real autoridad católica— se añadirá el motivo de la predestinación divina en un país (México) que lleva el nombre de una ciudad (México) que se llama así en honor de la familia de sus antiguos fundadores (los reyes

mexicas). Desde luego, esa predestinación es de orden religioso y cultural pero ante todo de política índole —y lo que pone en el tablero es, ni más ni menos, el juego de la legitimidad, la justa causa, la justicia de la dominación—. A Lorente Medina no se le escapa la contradicción, el íntimo rifirrafe en que Sigüenza y Góngora se debate y, así, observa una escisión,

una dicotomía constante entre la exaltación del pasado prehispánico —siempre con vistas al engrandecimiento de su propia comunidad y el repudio del indio concreto y sometido con el que convive realmente y al que considera “naturalmente” vasallo del español que le trajo la luz del Evangelio. (p. 215.)

(Cabría preguntarse si esa contradicción manifiesta no es una condición inmanente, si el doble lenguaje no se da como la clave maestra del lenguaje de la legitimación.) El mérito de la exposición crítica de Lorente es así múltiple pero se concentra en la exactitud celosa, el vigilante y preciso arte de la memoria que le permite, por ejemplo, asentar como definitorio el carácter histórico de esa obra menor de circunstancias que el capricho de la posteridad ha sabido sobrestimar: *Los infortunios de Alonso Ramírez* —acaso la contribución más aparatosa y contundente de este libro—. Y si, como escribe Antonio Lorente Medina,

para Sigüenza la historia está constituida por las “acciones humanas ejemplares” y tiene como finalidad primordial relatar “el drama de los personajes ilustres” que, como instrumentos de la Providencia Divina, conducen a los pueblos al logro de sus ideales y los conforman con ellos (p. 136),

para el estudioso de las letras la historia del texto ha de pasar por “la crítica de las fuentes utilizadas cuando las consideren erróneas hasta el extremo de establecer un debate intelectual con ellas” (p. 114) y así estarán en situación de vencer o al menos acotar “la dimensión cuasi-mítica” que impregna a esa literatura de ambigüedad y posibilita una segunda lectura. *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana* es un prólogo impecable a esa segunda interpretación y, en cierto modo, un adelanto de ella. ♦

Antonio Lorente: *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*, Universidad Nacional de Educación a Distancia/Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1996. 238 pp.